DICASTERIUM
DE CULTURA ET EDUCATIONE

CONGRESSO INTERNAZIONALE

COSTELLAZIONI EDUCATIVE - UN PATTO CON IL FUTURO

NEL 60º ANNIVERSARIO DELLA DICHIARAZIONE CONCILIARE
GRAVISSIMUM EDUCATIONIS

30/10/2025 - Auditorium Conciliazione, Roma

INTERNATIONAL CONGRESS

EDUCATIONAL CONSTELLATIONS - A PACT WITH THE FUTURE

IN THE 60TH ANNIVERSARY OF THE COUNCIL DECLARATION
GRAVISSIMUM EDUCATIONIS

Sr. Maria Mar Sánchez Izuel

Superiora Generale delle Missionarie della Congregazione delle Missionarie Figlie della Sacra Famiglia di Nazareth

---

Superior General of the Congregation of the Missionary Daughters of the Holy Family of Nazareth

Educar en un contexto cultural en cambio

La educación en un contexto cultural dinámico y fluctuante representa simultáneamente una oportunidad fundamental y una exigencia ineludible. La ponente propone una breve travesía reflexiva para analizar los desafíos de un tiempo definido por el cambio constante. Este análisis parte de una metáfora ilustrativa: la acción de "rodear" o "bordear" los epicentros del sufrimiento humano, como el vuelo que evita una zona de conflicto, por ejemplo, la Franja de Gaza.

Este acto de evasión simboliza una característica central de la contemporaneidad: la tendencia a vivir en un "mundo líquido" que descarta, cuya inmediatez —comparable a la lógica de un supermercado donde todo es accesible y desechable— nos ha llevado a una pérdida de la libertad y a una desconexión del sufrimiento ajeno. Nos encontramos no solo en una "época de cambios", sino, como señalaba el Papa Francisco, en un "cambio de época".

Este escenario se define por su turbulencia. Citando a Peter Drucker, el peligro más grande en tiempos de turbulencia no es la turbulencia en sí, sino actuar con la lógica del ayer. Acometer los desafíos actuales con lógicas pasadas pone en riesgo la misión educativa. Por lo tanto, se vuelve imperativo un "cambio de mirada", como insta la reciente Cartas Apostólica de León XIV.

Este cambio de perspectiva es análogo al lanzamiento del telescopio James Webb; su innovación crucial no fue solo su potencia para revelar nuevas galaxias, sino su posicionamiento fuera de la atmósfera terrestre. De igual manera, la educación necesita una nueva perspectiva, "fuera" de los marcos habituales, para poder "reconsiderar". El origen etimológico de esta palabra (del latín *considerare*) implica contemplar las estrellas para descubrir nuevas conexiones y formar nuevas constelaciones. La educación debe, de forma honesta, discernir, reflexionar y descubrir nuevas conexiones en el panorama actual.

Para la escuela católica, este ejercicio de reconsideración debe partir de su propia identidad y misión fundamental: evangelizar. Esta evangelización se traduce, a través de un profundo humanismo, en poner a la persona en el centro. Al hacerlo, la institución se transforma en una auténtica comunidad cristiana que posee un proyecto educativo. Las escuelas católicas no sólo evangelizan *mientras* educan; fundamentalmente, evangelizan *al* educar, posibilitan horizonte de sentido en la vida de niños y jóvenes.

Nuestra identidad de escuela católica exige respuestas pedagógicas innovadoras. La búsqueda de la calidad educativa, la adopción de nuevos paradigmas propios del siglo XXI (superando los del siglo XIX) y el posicionamiento del estudiante como protagonista de su propio aprendizaje no son fines en sí mismos, sino la consecuencia directa de la misma misión evangelizadora. Sin embargo, esta transformación no puede ser improvisada; debe posibilitarse desde un marco de una innovación sostenible, siguiendo un ciclo riguroso: observar las fuerzas del cambio, reflexionar, decidir acciones, formar, implementar, evaluar y volver a reflexionar.

Dentro de este contexto actual, la Inteligencia Artificial (IA) no puede ser vista meramente como una nueva categoría de software, sino como un auténtico cambio de paradigma, una nueva forma de interactuar con la tecnología. Ante la IA, surgen diversas posturas: esperanza, extravagancia o rechazo. Sin embargo, citando al filósofo francés Edgar Morin, el verdadero temor no debe ser la inteligencia artificial, sino la "inteligencia humana superficial".

Por todo ello, la misión educativa no puede dejar atrás el pensamiento crítico, el pensamiento creativo, la relación y el discernimiento. Estas y otras capacidades

—como la apreciación del arte, la belleza, la capacidad de emoción— son profundamente humanas. La IA puede reproducir patrones mediante algoritmos, pero no puede "sentir" a flor de piel.

Al concluir esta breve travesía reflexiva, llegamos al momento de "aterrizaje", de igual modo, la escuela católica tiene la obligación de actuar como los "flaps" de las alas del avión: ser buenos amortiguadores para la humanidad sufriente. Esto implica constituirse como "espacios de frontera". Cuando se educa desde el paradigma de la separación, la frontera es un lugar que se custodia, de modo que solo se permite el paso al otro lado cuando se cumplen ciertos criterios, pero cuando se educa desde el paradigma del encuentro, la frontera se amplía y se abre, permitiendo que las personas se encuentren y creen juntos significados nuevos y compartidos.

Finalmente, la escuela católica, espacio de frontera, está llamada también a ser "escuela de diálogo". Un espacio donde la identidad propia no solo fundamenta la conversación, sino que se construye y enriquece *en* el diálogo. Tal como León XIV nos apunta, estamos urgidos a dibujar nuevos mapas de esperanza. Eso, auténticamente, será educar en un contexto cultural en cambio.

Educating in a Changing Cultural Context

Education in a dynamic and fluctuating cultural context simultaneously represents a fundamental opportunity and an unavoidable requirement. The speaker proposes a brief reflective journey to analyze the challenges of a time defined by constant change. This analysis begins with an illustrative metaphor: the act of "circling" or "skirting" the epicenters of human suffering, like a flight that avoids a conflict zone, for example, the Gaza Strip.

This act of avoidance symbolizes a central characteristic of our time: the tendency to live in a "liquid world" that discards, whose immediacy—comparable to the logic of a supermarket where everything is accessible and disposable—has led us to a loss of freedom and a disconnection from the suffering of others. We find ourselves not only in an "era of change," but, as Pope Francis pointed out, in a "change of era."

This scenario is defined by its turbulence. To quote Peter Drucker, the greatest danger in turbulent times is not the turbulence itself, but acting with the logic of the past. Addressing current challenges with outdated logic jeopardizes the educational mission. Therefore, a "change of perspective" becomes imperative, as urged by the recent Apostolic Letter of Leo XIV.

This change of perspective is analogous to the launch of the James Webb Telescope; its crucial innovation was not only its power to reveal new galaxies, but its positioning outside Earth's atmosphere. Similarly, education needs a new perspective, "outside" of the usual frameworks, in order to "reconsider." The etymological origin of this word (from the Latin *considere*) implies contemplating the stars to discover new connections and form new constellations. Education must honestly discern, reflect, and discover new connections in the current landscape.

For Catholic schools, this exercise in reconsideration must begin with their own identity and fundamental mission: to evangelize. This evangelization, through a profound humanism, translates into placing the person at the center. In doing so, the institution is transformed into an authentic Christian community with a defined educational project. Catholic schools not only evangelize while educating; fundamentally, they evangelize through education, providing a horizon of meaning in the lives of children and young people.

Our identity as a Catholic school demands innovative pedagogical responses. The pursuit of educational quality, the adoption of new paradigms characteristic of the 21st century (moving beyond those of the 19th), and the positioning of the student as the protagonist of their own learning are not ends in themselves, but rather the direct consequence of the evangelizing mission itself. However, this transformation cannot be improvised; it must be made possible within a framework of sustainable innovation, following a rigorous cycle: observing the forces of change, reflecting, deciding on actions, training, implementing, evaluating, and reflecting again.

Within this current context, Artificial Intelligence (AI) cannot be seen merely as a new category of software, but as a genuine paradigm shift, a new way of interacting with technology. Faced with AI, diverse stances arise: hope, extravagance, or rejection. However, quoting the French philosopher Edgar Morin, the real fear should not be artificial intelligence, but rather "superficial human intelligence."

Therefore, the educational mission cannot neglect critical thinking, creative thinking, relationships, and discernment. These and other capacities—such as the appreciation of art, beauty, and the capacity for emotion—are profoundly human. AI can reproduce patterns through algorithms, but it cannot "feel" on a visceral level.

Having concluded this brief reflective journey, we arrive at the moment of "landing." Similarly, Catholic schools have the obligation to act like the flaps on an airplane's wings: to be effective shock absorbers for suffering humanity. This implies establishing themselves as "frontier spaces." When education is based on the paradigm of separation, the border is a guarded space, where passage to the other side is only permitted when certain criteria are met. But when education is based on the paradigm of encounter, the border expands and opens up, allowing people to meet and create new, shared meanings together.

Finally, the Catholic school, a space of borders, is also called to be a "school of dialogue." A space where one's own identity not only grounds the conversation but is also built and enriched through dialogue. As Leo XIV points out, we are urged to draw new maps of hope. That, authentically, is what it means to educate in a changing cultural context.

Educare in un contesto culturale in evoluzione

Educare in un contesto culturale dinamico e fluttuante rappresenta allo stesso tempo un'opportunità fondamentale e un requisito imprescindibile. L'oratore propone un breve percorso riflessivo per analizzare le sfide di un'epoca caratterizzata da un continuo cambiamento. L'analisi inizia con una metafora esemplificativa: l'atto di "aggirare" o "rasentare" gli epicentri della sofferenza umana, come una fuga che evita una zona di conflitto, ad esempio la Striscia di Gaza.

Questo atto di elusione simboleggia una caratteristica centrale del nostro tempo: la tendenza a vivere in un "mondo liquido" che scarta, la cui immediatezza – paragonabile alla logica di un supermercato dove tutto è accessibile e usa e getta – ci ha portato alla perdita di libertà e alla disconnessione dalla sofferenza altrui. Ci troviamo non solo in un'"era di cambiamento", ma, come ha sottolineato Papa Francesco, in un "cambiamento d'epoca".

Questo scenario è definito dalla sua turbolenza. Per citare Peter Drucker, il pericolo maggiore in tempi turbolenti non è la turbolenza in sé, ma agire con la logica del passato. Affrontare le sfide attuali con una logica obsoleta mette a repentaglio la missione educativa. Pertanto, un "cambio di prospettiva" diventa imperativo, come sollecitato dalla recente Lettera Apostolica di Leone XIV.

Questo cambio di prospettiva è analogo al lancio del telescopio James Webb; la sua innovazione cruciale non fu solo la capacità di rivelare nuove galassie, ma anche il suo posizionamento al di fuori dell'atmosfera terrestre. Allo stesso modo, l'educazione ha bisogno di una nuova prospettiva, "al di fuori" dei consueti schemi, per "riconsiderare". L'origine etimologica di questa parola (dal latino *considere*) implica la contemplazione delle stelle per scoprire nuove connessioni e formare nuove costellazioni. L'educazione deve discernere, riflettere e scoprire onestamente nuove connessioni nel panorama attuale.

Per le scuole cattoliche, questo esercizio di riconsiderazione deve iniziare dalla propria identità e missione fondamentale: evangelizzare. Questa evangelizzazione, radicata in un profondo umanesimo, pone la persona al centro. Così facendo, l'istituzione si trasforma in una vera e propria comunità cristiana con un progetto educativo definito. Le scuole cattoliche non solo evangelizzano educando; fondamentalmente, evangelizzano attraverso l'educazione, offrendo un orizzonte di senso alla vita dei bambini e dei giovani.

La nostra identità di scuola cattolica richiede risposte pedagogiche innovative. La ricerca della qualità educativa, l'adozione di nuovi paradigmi caratteristici del XXI secolo (superando quelli del XIX) e il posizionamento dello studente come protagonista del proprio apprendimento non sono fini a se stessi, ma piuttosto la conseguenza diretta della nostra missione evangelizzatrice. Tuttavia, questa trasformazione non può essere improvvisata; deve essere resa possibile in un quadro di innovazione sostenibile, seguendo un ciclo rigoroso: osservare le forze del cambiamento, riflettere, decidere le azioni, formare, implementare, valutare e riflettere ancora.

In questo contesto attuale, l'Intelligenza Artificiale (IA) non può essere vista semplicemente come una nuova categoria di software, ma come un vero e proprio cambio di paradigma, un nuovo modo di interagire con la tecnologia. Si profilano diverse posizioni riguardo all'IA: speranza, stravaganza o rifiuto. Tuttavia, citando il filosofo francese Edgar Morin, la vera paura non

dovrebbe essere l'intelligenza artificiale, ma piuttosto "l'intelligenza umana superficiale".

Pertanto, la missione educativa non può trascurare il pensiero critico, il pensiero creativo, le relazioni e il discernimento. Queste e altre capacità – come l'apprezzamento dell'arte, la bellezza e la capacità di provare emozioni – sono profondamente umane. L'intelligenza artificiale può riprodurre modelli attraverso algoritmi, ma non può veramente sentire.

Concludendo questo breve viaggio riflessivo, giungiamo al momento dell'"atterraggio". Allo stesso modo, la scuola cattolica ha l'obbligo di agire come i flap sulle ali di un aereo: essere efficaci ammortizzatori per l'umanità sofferente. Ciò implica costituirsi come uno "spazio di confine". Quando l'educazione si basa sul paradigma della separazione, il confine è un luogo custodito, dove il passaggio dall'altra parte è consentito solo al soddisfacimento di determinati criteri. Ma quando l'educazione si basa sul paradigma dell'incontro, il confine si espande e si apre, permettendo alle persone di incontrarsi e creare insieme significati nuovi e condivisi.

Infine, la scuola cattolica, spazio di confine, è chiamata anche a essere una "scuola di dialogo". Uno spazio in cui la propria identità non solo sostiene la conversazione, ma si costruisce e si arricchisce attraverso il dialogo. Come sottolineava Leone XIV, siamo esortati a disegnare nuove mappe di speranza. Questo, in effetti, significherà educare in un contesto culturale in evoluzione.

Éduquer dans un contexte culturel en mutation

L'éducation dans un contexte culturel dynamique et fluctuant représente à la fois une opportunité fondamentale et une nécessité incontournable. L'intervenant propose une brève réflexion pour analyser les défis d'une époque marquée par un changement constant. Cette analyse s'ouvre sur une métaphore illustrative : l'acte de « contourner » ou de « survoler » les épicentres de la souffrance humaine, à l'image d'un avion qui évite une zone de conflit, comme la bande de Gaza.

Cet acte d'évitement symbolise une caractéristique centrale de notre temps : la tendance à vivre dans un « monde liquide » qui jette, dont l'immédiateté – comparable à la logique d'un supermarché où tout est accessible et jetable – nous a conduits à une perte de liberté et à une déconnexion avec la souffrance d'autrui. Nous ne sommes pas seulement entrés dans une « ère de changement », mais, comme l'a souligné le pape François, dans un « changement d'ère ».

Ce scénario se caractérise par sa turbulence. Pour reprendre les mots de Peter Drucker, le plus grand danger en période de turbulences n'est pas la turbulence elle-même, mais le fait d'agir selon une logique dépassée. Aborder les défis actuels avec une logique obsolète compromet la mission éducative. Un « changement de perspective » devient donc impératif, comme le préconise la récente Lettre apostolique de Léon XIV.

Ce changement de perspective est comparable au lancement du télescope James Webb ; son innovation cruciale résidait non seulement dans sa capacité à révéler de nouvelles galaxies, mais aussi dans son positionnement hors de l'atmosphère terrestre. De même, l'éducation a besoin d'une nouvelle perspective, « en dehors » des cadres habituels, afin de « reconsidérer ». L'origine étymologique de ce mot (du latin *considere*) implique la contemplation des étoiles pour découvrir de nouvelles connexions et former de nouvelles constellations. L'éducation doit discerner, réfléchir et découvrir avec honnêteté de nouvelles connexions dans le paysage actuel.

Pour les écoles catholiques, cet exercice de reconsidération doit commencer par leur propre identité et leur mission fondamentale : évangéliser. Cette évangélisation, ancrée dans un humanisme profond, place la personne au centre. Ce faisant, l'institution se transforme en une authentique communauté chrétienne dotée d'un projet éducatif précis. Les écoles catholiques n'évangélisent pas seulement en instruisant ; elles évangélisent fondamentalement par l'éducation, offrant ainsi un horizon de sens dans la vie des enfants et des jeunes.

Notre identité d'établissement catholique exige des réponses pédagogiques novatrices. La recherche de l'excellence éducative, l'adoption de nouveaux paradigmes caractéristiques du XXIe siècle (qui dépassent ceux du XIXe) et la place centrale accordée à l'élève dans son apprentissage ne sont pas des fins en soi, mais bien la conséquence directe de notre mission d'évangélisation. Toutefois, cette transformation ne saurait être improvisée ; elle doit s'inscrire dans une démarche d'innovation durable, suivant un cycle rigoureux : observation des forces du changement, réflexion, choix des actions, formation, mise en œuvre, évaluation et nouvelle réflexion.

Dans ce contexte, l'intelligence artificielle (IA) ne peut être perçue comme une simple nouvelle catégorie de logiciels, mais comme un véritable changement de paradigme, une nouvelle façon d'interagir avec la technologie. L'IA suscite diverses réactions : espoir, extravagance ou rejet.

Cependant, pour reprendre les mots du philosophe français Edgar Morin, la véritable crainte ne devrait pas être l'intelligence artificielle, mais plutôt « l'intelligence humaine superficielle ».

Par conséquent, la mission éducative ne saurait négliger la pensée critique, la créativité, les relations et le discernement. Ces capacités, ainsi que d'autres – comme l'appréciation de l'art et du beau, et la capacité d'éprouver des émotions – sont profondément humaines. L'IA peut reproduire des schémas par le biais d'algorithmes, mais elle ne peut véritablement ressentir.

Au terme de cette brève réflexion, nous arrivons au moment de l'« atterrissage ». De même, l'école catholique a l'obligation d'agir comme les volets d'un avion : d'être des amortisseurs efficaces pour l'humanité souffrante. Cela implique de se constituer en « espace frontière ». Lorsque l'éducation repose sur le paradigme de la séparation, la frontière est un lieu gardé, où le passage de l'autre côté n'est autorisé que sous certaines conditions. Mais lorsque l'éducation repose sur le paradigme de la rencontre, la frontière s'élargit et s'ouvre, permettant aux personnes de se rencontrer et de créer ensemble des significations nouvelles et partagées.

Enfin, l'école catholique, espace frontière, est aussi appelée à être une « école du dialogue ». Un espace où l'identité de chacun non seulement sous-tend la conversation, mais se construit et s'enrichit par le dialogue. Comme l'a souligné Léon XIV, nous sommes invités à tracer de nouvelles cartes de l'espoir. C'est là, véritablement, une éducation adaptée à un contexte culturel en mutation.

Educar num Contexto Cultural em Transformação

A educação num contexto cultural dinâmico e em constante mudança representa, simultaneamente, uma oportunidade fundamental e uma necessidade incontornável. O orador propõe uma breve viagem reflexiva para analisar os desafios de uma época definida pela transformação constante. Esta análise começa com uma metáfora ilustrativa: o acto de "circular" ou "contornar" os epicentros do sofrimento humano, como um voo que evita uma zona de conflito, por exemplo, a Faixa de Gaza.

Este acto de evitar simboliza uma característica central do nosso tempo: a tendência para viver num «mundo líquido» que descarta, cuja imediação — comparável à lógica de um supermercado onde tudo é acessível e descartável — nos conduziu à perda da liberdade e ao afastamento do sofrimento alheio. Encontramo-nos não apenas numa "era de mudanças", mas, como salientou o Papa Francisco, numa "mudança de era".

Este cenário é definido pela sua turbulência. Parafraseando Peter Drucker, o maior perigo em tempos turbulentos não é a turbulência em si, mas sim agir com a lógica do passado. Abordar os desafios atuais com uma lógica ultrapassada põe em risco a missão educativa. Torna-se, pois, imperativa uma "mudança de perspectiva", como preconiza a recente Carta Apostólica de Leão XIV.

Esta mudança de perspetiva é análoga ao lançamento do Telescópio Espacial James Webb; a sua inovação crucial não foi apenas a capacidade de revelar novas galáxias, mas também o seu posicionamento fora da atmosfera terrestre. Da mesma forma, a educação necessita de uma nova perspectiva, "fora" das estruturas habituais, para "reconsiderar". A origem etimológica desta palavra (do latim *considere*) implica contemplar os astros para descobrir novas ligações e formar novas constelações. A educação deve discernir, refletir e descobrir honestamente novas ligações no panorama atual.

Para as escolas católicas, este exercício de reconsideração deve começar pela sua própria identidade e missão fundamental: evangelizar. Esta evangelização, enraizada num profundo humanismo, coloca a pessoa no centro. Ao fazê-lo, a instituição transforma-se numa verdadeira comunidade cristã com um projeto educativo definido. As escolas católicas não se limitam a evangelizar enquanto educam; fundamentalmente, evangelizam através da educação, proporcionando um horizonte de sentido na vida das crianças e dos jovens.

A nossa identidade enquanto escola católica exige respostas pedagógicas inovadoras. A procura da qualidade educativa, a adoção de novos paradigmas característicos do século XXI (superando os do século XIX) e o posicionamento do aluno como protagonista da sua própria aprendizagem não são fins em si mesmos, mas antes a consequência direta da nossa missão evangelizadora. Contudo, esta transformação não pode ser improvisada; deve ser viabilizada dentro de um quadro de inovação sustentável, seguindo um ciclo rigoroso: observar as forças da mudança, refletir, decidir sobre ações, capacitar, implementar, avaliar e refletir de novo.

Neste contexto atual, a Inteligência Artificial (IA) não pode ser vista meramente como uma nova categoria de software, mas como uma verdadeira mudança de paradigma, uma nova forma de interagir com a tecnologia. Surgem diversas posições em relação à IA: esperança, extravagância

ou rejeição. No entanto, citando o filósofo francês Edgar Morin, o verdadeiro receio não deve ser a inteligência artificial, mas sim a "inteligência humana superficial".

Por isso, a missão educativa não pode descurar o pensamento crítico, o pensamento criativo, as relações e o discernimento. Estas e outras capacidades — como a apreciação da arte, da beleza e a capacidade de sentir emoções — são profundamente humanas. A IA pode reproduzir padrões através de algoritmos, mas não pode realmente sentir.

Ao concluirmos esta breve viagem reflexiva, chegamos ao momento da "aterragem". Da mesma forma, a escola católica tem a obrigação de agir como os flaps nas asas de um avião: ser um amortecedor eficaz para a humanidade sofredora. Isto implica constituir-se como um "espaço fronteiriço". Quando a educação se baseia no paradigma da separação, a fronteira é um lugar vigiado, onde a passagem para o outro lado só é permitida quando são cumpridos determinados critérios. Mas quando a educação se baseia no paradigma do encontro, a fronteira alarga-se e abre-se, permitindo que as pessoas se encontrem e criem significados novos e partilhados em conjunto.

Finalmente, a escola católica, um espaço fronteiriço, é também chamada a ser uma "escola de diálogo". Um espaço onde a própria identidade não só fundamenta a conversa, como é construída e enriquecida através do diálogo. Como salientou Leão XIV, somos instados a traçar novos mapas de esperança. Isto sim será educar num contexto cultural em transformação.